

ROBERT LOW

Mar de lobos

LA IRA DE LOS HOMBRES
DEL NORTE II



En esta segunda entrega de La ira de los hombres del Norte, encontramos a Orm y sus juramentados vikingos en Miklagard (Constantinopla), con el cuerpo lleno de magulladuras, un puñado de monedas en los zurrones y la mítica espada de Atila al parecer a buen recaudo. Sin embargo, la codiciada espada no tarda en ser robada y con ella el oscuro secreto que debía conducir a Orm y sus hombres hasta un valioso tesoro.

La espléndida maquinaria narrativa de Robert Low despliega entonces todas sus velas para lanzarnos a una asombrosa y emocionante aventura que, por mares imprevisibles, nos conducirá hasta una batalla de dimensiones colosales en la que Bizancio combatió con todos sus ejércitos.

Robert Low demuestra con esta novela que el resonante éxito de «El camino de las ballenas» no fue casual, y que podemos esperar grandes emociones de esta estupenda serie narrativa: cada giro en su estupenda trama nos sacude como un imponente golpe de viento.

MAR DE LOBOS

Robert Low

*A Lewis y Harris,
dos islas en medio de un mar de dificultades.
Espero que un día disfruten
con lo que ha hecho para ellos su abuelo.*

*Salvo los que ansían la caza,
nadie larga vela en el mar de lobos.*

Viejo proverbio nórdico

CAPÍTULO I

Miklagard, la Gran Urbe, año del Señor de 965

Sus ojos se posaron un instante en el bulto que yo llevaba en la mano antes de clavarse en mi rostro boquiabierto como se pegan las moscas a la sangre. Aquellos ojos estaban empañados del tono del pedernal, y su mostacho culebrino se retorció mientras me miraba con desdén, haciendo patente que el golpe que le había asestado no había hecho sino enojarlo.

—Un grave error —me gruñó en un griego pésimo, y avanzó por el callejón hacia donde estaba yo, con un escramasajón del tamaño de mi antebrazo asomándole por debajo del manto.

Levanté el sable que llevaba envuelto. Él sonrió, y yo retrocedí; mientras mis pies se deslizaban entre los desperdicios del suelo, negros de podredumbre, deseé haber seguido camino sin hacerle caso. Era rápido además, y se abalanzó hacia mí apuntando bajo; pero yo había estado mirándolo a los pies, y no a los ojos, de modo que le propiné un empujón con el envoltorio que lo hizo estrellarse de lado contra el muro. A eso añadí un tajo por encima de la cabeza, pero volví a errar el golpe. La hoja cortó el envoltorio que la cubría e hizo saltar chispas en el muro. La lluvia de esquirlas de ladrillo y yeso que cayó sobre él lo alarmó, no solo por lo cerca que había estado de alcanzarlo, sino porque había descubierto que se enfrentaba a un hierro afilado. Lo vi en sus ojos.

—Yo no me lo esperaba, ¿y tú? —me mofé mientras cambiábamos de posición y nos mirábamos fijamente—. Vamos a hacer una cosa: tú me dices por qué me has estado siguiendo por todo Miklagard y yo deajo que te vayas.

Parpadeó con gesto pasmado, y a continuación soltó una risita que me hizo pensar en la reacción de un lobo que topa con una gallina tullida.

—¿Que vas a dejar que me vaya? Me da que todavía no te has dado cuenta de a quién te estás enfrentando, *swina fretr*. Un mocetón de Falster como yo no se deja insultar de ese modo por un chiquillo.

O sea: que tenía razón al pensar que era danés. ¡Lástima que no hubiese sido tan avisado cuando había decidido plantarle cara! Movié los pies, pero yo no les había quitado ojo, así que pude interponer el envoltorio hecho jirones entre su escrama y mi cuerpo. El golpe hizo que me estremeciera. Giré la muñeca para tratar de atrapar su hoja con la tela y estuve a punto de arrancarle el arma de la mano. Sin embargo, él era perro viejo, y además a mí me costaba horrores manejar la espada, envuelta como estaba.

La situación fue de mal en peor —hoy aún sudo al recordar tal vergüenza—: llegó por detrás un camarada suyo y, de un codazo que me quitó el resuello, me lanzó a los cuajarones de inmundicia que sembraban el callejón y me quitó la espada envuelta en lana como quien roba un huevo de un nido. Mientras palpaba el aire con las manos, reparé, vagamente, en lo que habían querido desde el principio. Aun así, poco había que pudiese hacer entre jadeos y arcadas.

—¡Venga, que hay que ir dándole al remo! —soltó mi invisible asaltante, tras lo cual oí sus pasos chapotear sobre la cochambre.

Estaba seguro de que no habían pensado matarme, aunque el de Falster tenía los ojos inyectados en sangre, y yo, con los míos anegados, lo veía todo borroso. Los muros de aquel lugar, empinándose como acantilados, enmarca-

ban una porción de cielo gris e indiferente, y tuve la sensación de que sería lo último que viese en mi vida.

No quería morir en un asqueroso callejón de la Gran Urbe con lluvia en los ojos. Para colmo de males, vino a visitarme la imagen del primer hombre —del primer niño— que había matado, tumbado en un brezal con el rostro exangüe y los ojos abiertos y asustados bajo diminutas pozas de agua de lluvia. El de Falster, de pie ante mí, resoplaba con el escramasajón vuelto para asestarme una estocada en la presilla del cinturón. La lluvia perlaba como rocío el acero picado y recorría con descuido la hoja...

«La lluvia —dice Sigvat— te lo dirá todo de un lugar si sabes interpretarla. La que cae sobre un pinar noruego sirve para lavarse el cabello, pero la que desciende sobre una ciudad de veras vieja cae de los aleros con el pavor que han ido acumulando con los siglos, negra como la pez y tan áspera como una maldición».

Y Miklagard, la Gran Urbe, era vieja, y sus charcos y desagües escupían y siseaban como una serpiente del mal. Hasta el mar estaba corrompido, y arrastraba olas lentas y espesas; negras y grasientas como el lomo de un cochino mojado, brillantes de espuma y salpicadas de restos.

Ni siquiera me hacía gracia estar en aquella ciudad; la emoción que me produjo verla por vez primera hacía mucho que se había disipado. A ella nos habían arrastrado las olas y el capitán griego al que habíamos convencido de que nos transportase, a los juramentados que habíamos sobrevivido al mar de Hierba de la estepa tras haberse desmoronado el sueño del tesoro de plata de Atli, o Atila. Desde entonces, mi plan más agudo había sido el de cargar y descargar en los muelles y administrar con prudencia el poco dinero en efectivo de que disponíamos, mientras aguardábamos a que se uniera a nosotros el resto de nuestra compañía, desde la lejana Holmgard, y pudiésemos confor-

mar una tripulación digna de menesteres más provechosos. A modo de fin último, distante como un horizonte desdibujado, nos esperaban un barco nuevo y la oportunidad de regresar por toda aquella plata, ambición que abrazábamos en busca de calor a medida que el invierno se aproximaba a Miklagard y sumía en la desdicha al Ombligo del Mundo.

Aquella lluvia negra tenía que haber sido suficiente advertencia, pero el día que me robaron la espada rúnica estaba empapado, y me sentía arrogante y furioso por el hecho de que me hubiese seguido al arrimo de los muros mojados de Severo alguien poco ducho en aquel cometido, o bien al que no le importaba nada ser notado. De cualquier modo, resultaba un tanto insultante. Si en un día despejado era posible ver casi Gálata a través del Cuerno, con aquel tiempo apenas me era posible distinguir la imagen del hombre que me estaba siguiendo reflejada en el azafate de bronce que sostenía en alto mientras hacía ver que lo estudiaba con la intención de comprarlo. Sobre su superficie batida y picada de viruelas por la lluvia, bailaba el rostro convulso de un desconocido de mentón alargado, barba lacia y delgada, poco más que una sombra por bigote y el cabello entre castaño y rojizo dispuesto en trenzas en torno a la frente, de las cuales algunas estaban recogidas a fin de que no le tapasen los ojos azules. Era mi rostro, y detrás de él, tembloroso y distorsionado, se vislumbraba el de mi perseguidor.

—¿Ves algo en él? —preguntó el griego hosco a quien pertenecían aquella bandeja y las demás, dispuestas todas a lo largo de un retazo ajado de alfombra bajo un toldo que la humedad hacía pesado—. ¿A una amante, quizá?

—Te voy a decir lo que no veo —le respondí yo con la sonrisa más dulce que fui capaz de ofrecerle—, pedazo de *gleidr gaugbrojotr*. No veo que hoy vayas a hacer caja conmigo.

Soltó un bufido y me arrebató el azafate, con el rostro cetrino sonrojado allí donde no lo cubría la barba perfuma-

da.

—En ese caso, ve a otro sitio a arreglarte el pelo, *meyla* —me espetó, y tuve que reconocer que la réplica no podía ser mejor, ya que me dio a entender que conocía la lengua escandinava y, por lo tanto, no ignoraba que lo había llamado profanador de tumbas patituerto.

Él, en respuesta, me había tildado de nenaza. Experiencias como esta me habían enseñado que los mercaderes de Miklagard eran tan espabilados como untuosas eran sus maneras y sus barbas. Le dediqué una sonrisa amable y proseguí mi camino. Aquella pieza de bronce me había revelado cuanto necesitaba saber, porque, reflejado tras mi rostro, observándome, descubrí al mismo hombre que había visto ya en tres ocasiones distintas, siguiéndome por la ciudad.

Me preguntaba qué debía hacer mientras me aferraba al fardo de la espada rúnica y mascaba *scripilita*, una torta de harina de garbanzo, delgada y crujiente por arriba y aceitosa por abajo, envuelta en hojas y, ¡oh, maravilla!, bien condimentada con pimienta. Esta exquisitez, que nunca había visto más al norte de Nóvgorod, tenía un precio tan elevado fuera de la Gran Urbe, a causa de dicha especia, que habría resultado más barata de haber estado espolvoreada con oro. Juro que fue lo seductor de su sabor, unido al frío, lo que me hizo a un tiempo ciego y estúpido.

La calle desembocaba en una plazuela cuyas ventanas se habían teñido ya del confortable color ámbar de la luz con que se contrarrestaba la oscuridad del primer invierno. No me había costado zafarme del embeleso que en otro tiempo me había atado a la calle ante la visión de aquellas casas, puestas unas encima de otras, y solo tenía ojos para aquel sujeto que seguía mis pasos. Me detuve ante la muebla quejicosa de un afilador, miré hacia atrás y comprobé que aún estaba allí. Era del norte, sin duda, porque era más alto que los demás y no tenía más vello en el rostro que el de un mostacho largo como una serpiente, al uso sueco

que tanto gustaba en aquel tiempo a los pisaverdes. Tenía el cabello largo, que no había sido capaz de ocultar del todo bajo la gorra de cuero, y se envolvía en una capa bajo la que bien podía esconder cualquier objeto afilado.

Seguí caminando y pasé al lado de un puesto en el que una mujer vendía harina de garbanzo e higos secos. Junto a ella, un hombre vestido con una zalea sin mangas ofrecía los quesos que llevaba en una cesta mientras, apoyado en el muro, trataba de evitar que le castañetearan los dientes por el frío, y un par de muchachas hacían lo posible por mostrarse seductoras y enseñar unos pechos que se habían tornado rojos y azulados.

La Gran Urbe es un lugar deprimente en invierno. Tiene a las espaldas el mar Oscuro, tras el cual se extiende el mar de Hierba de los rus, y en ella dominan la penumbra y la humedad penetrante. Aunque a principios de año pueden darse vislumbres de verano tardío y hasta algún día agradable, es inútil aguardar el sol entre los últimos días de la cosecha y los primeros de la fiesta de Ostara, que los sacerdotes de Miklagard llaman *Pascua*, pues en ese tiempo solo habrá lluvia.

—¡Anda! ¿No quieres hacerme entrar en calor? —me preguntó una de las jóvenes—. Yo, a cambio, te enseñaría a crear una bestia con dos lomos.

Conocía muy bien aquel truco; así que ni siquiera me detuve, aunque aproveché la ocasión para volverme a intercambiar unos cuantos dicterios agudos y mantener así a la vista a mi perseguidor. Esto me llevó a chocar con un cardador de lana que venía en sentido contrario y advertía a los posibles compradores sobre el riesgo en que incurrían de perder a sus recién nacidos si, por indolencia, no les proporcionaban el calor que ofrecía su relleno para colchones.

La calle se deslizaba húmeda hasta los embarcaderos e iba haciéndose cada vez más poblada, engendrando gentes y bocacalles por todas partes. Dondequiera que uno

mirase, topaba con panaderos, meleros, vendedores de pieles curtidas con que hacer cordones o de pellejos de animales de escaso tamaño... Aquel montón de rostros necios y manos pordioseras no era, desde luego, el sector más refinado de Miklagard, sino una panda de tullidos, mutilados y sifilíticos que no iban a sobrevivir al invierno a menos que mediase un buen golpe de suerte. Había empezado ya a hacer frío en la Gran Urbe, lo bastante para embotarme los sentidos e impedirme pensar con claridad para inferir quién podía ser aquel hombre y por qué debía de estar siguiéndome. Así pues, me introduje en uno de los callejones mientras sopesaba la espada rúnica que llevaba envuelta y que constituía, junto con un cuchillo de mesa, mi única arma. Mi plan consistía en golpearlo con la hoja acolchada cuando doblase la esquina y, a continuación, amenazarlo con el filo desnudo hasta que escupiera cuanto pudiese saber.

Se portó como un niño bueno, haciendo cuanto yo había previsto, y hasta se detuvo en la embocadura del callejón, extrañado ante mi desaparición. Si me hubiese mantenido en las sombras, le habría dado esquinazo sin lugar a dudas, pero tuve que salir de mi escondrijo para asestarle en la cabeza un golpe, que, con más estrépito del que había esperado, lo hizo trastabillar y proferir un rotundo:

—*Oskilgetinn!*

Lo que fue a confirmar, al menos, su procedencia nórdica, si bien no hacía falta tener conocimiento alguno de la lengua escandinava para adivinar, por el rugido, que estaba mentando a la madre de uno. Aquel exabrupto me informó de que, si no bautizado, lo habían persignado cuando menos, pues solo a los seguidores de Cristo les preocupaban los nacimientos habidos fuera del matrimonio. Debía de ser, por lo tanto, danés y pertenecer a los nuevos conversos del rey Harald *Diente Azul*, y la verdad es que no me gustaba nada lo que tal cosa presagiaba. En tercer lugar, supe que la gorra era, en realidad, un casco de metal cubierto

de cuero que había neutralizado la mayor parte del estacazo, y por último, que había nacido en Falster y que yo había conseguido enfurecerlo.

Y si advertí todo esto, lo cierto es que no fue poco lo que pasé por alto. Lo peor fue la presencia de su camarada, que me sorprendió por la espalda y me dejó sin resuello en el callejón, sin sable y observando la lluvia que corría por la hoja del danés, alzada a fin de acabar conmigo.

—A Starkad no le va a hacer ninguna gracia —logré decir, y el grandullón aquel vaciló el tiempo suficiente para darme a entender que había dado en el blanco: era uno de los hombres del enemigo que ya conocíamos bien.

Arremetí con la pierna derecha contra su bragadura, pero era demasiado listo para dejarse agredir de ese modo, y me golpeó de plano en la rodilla con su arma antes de apuntarme con ella. Se relamía pensando en la idea de matarme, pero los dos sabíamos que Starkad me quería vivo. Le habría encantado regodearse blandiendo ante mí la espada rúnica que acababa de esfumarse callejón abajo. También él quería verse lejos de allí y, en consecuencia, comenzó a pronunciar una despedida. Sin duda no habría olvidado señalar cuan afortunado era yo ni hacerme saber que la próxima vez que nos encontrásemos no iba a pensárselo dos veces antes de destriparme como a un pescado, pero su discurso quedó interrumpido por la empuñadura de la daga que, de un modo u otro, apareció bajo su oreja derecha con la hoja hundida por completo en su garganta.

La mano que tiró de ella lo hizo con el aire despreocupado de quien saca una espina, mientras la sangre, al escapar, siseaba con sonoridad salpicando cuanto había alrededor del danés, quien se derrumbó como un odre de agua vacío. Pestañeando, alcé la mirada a lo que se recortaba, en su lugar, ante el fulgor amarillento de farol que despedían las ventanas situadas más allá del callejón: un hombre grande con la cabeza afeitada por completo, salvo las dos trenzas plateadas y ceñidas que le salían de encima de las

orejas, los calzones escaqueados propios de los irlandeses y una túnica con manto más propia de los griegos. Llevaba también un cuchillo de gran longitud y, tatuado entre los ojos, un *aegishjálmr* o «casco del pavor», signo rúnico que, supuestamente, hacía huir aterrado al enemigo cuando se pronunciaban las palabras apropiadas. En aquel momento deseé que hubiese podido quitárselo, porque lo cierto es que conmigo estaba funcionando.

—Lo he oído llamarte cuesco de puerco —dijo con buen acento nórdico oriental; los ojos y los dientes le brillaban en la penumbra del callejón—, y he supuesto que no tenía buenas intenciones. Sé que eres Orm, *el Comerciante*, que tienes tripulación pero no barco, y dado que yo soy Radoslav *Shchuka*, y dispongo de barco pero no de tripulación, he llegado a la conclusión de que te necesito más a ti que a él.

Me ayudó a ponerme en pie tomándome de la muñeca y mientras me levantaba aferrado a la suya, pude ver que tenía en el antebrazo varios costurones blancos rodeados de anchas moraduras. Miré al danés muerto y al tal Radoslav, que se había inclinado para rebuscar en la bolsa de su víctima y se había hecho con unas pocas monedas y la escrama. Entonces, al reparar en que el muerto que yacía en el callejón bien podía haber sido yo, comenzaron a temblarme las piernas y tuve que apoyarme contra el muro. Alcé la vista de nuevo y vi al grandullón, que sin duda debía de ser eslavo, hacerse un corte en el brazo con el arma del otro, de modo que advertí de inmediato lo que significaban las cicatrices. Él se dio cuenta y, sonriendo, me enseñó los dientes mientras aclaraba:

—Uno por cada muerto que hacemos: es la marca que distingue a los de mi clan en mi tierra. —Dicho esto, me ayudó a envolver al danés en su capa y a llevarlo a las sombras del callejón.

Yo estaba temblando, aunque no por haber escapado por los pelos (pues lo más seguro era que el de Falster hu-

biese preferido dejarme allí, en medio de la mugre, y seguir camino), sino por lo que había perdido. De hecho, tal era la vergüenza que me daba, que bien podría haberme echado a llorar.

—¿Quiénes eran? —quiso saber mi salvador, que había empezado a vendarse la nueva herida.

Vacilé un tanto, aunque, ya que había pintado el muro con la sangre de un hombre, pensé que era justo que lo supiese.

—Uno de los guerreros favoritos de un tal Starkad, al servicio del rey Harald *Diente Azul*, que no ve la hora de darle algo mío.

«Para Coniates», pensé de pronto. Aquel mercader griego había codiciado la espada rúnica nada más verla, y parecía evidente que había enviado a Starkad a hacerse con ella y que no le iba a hacer gracia la intervención del eslavo: la Gran Urbe tenía sus leyes, y las tomaba muy en serio, de forma que era muy probable que la muerte de un danés llevase a las autoridades hasta Starkad y, de él, hasta Coniates.

Radoslav se encogió de hombros y sonrió mientras, tras comprobar que no nos veía nadie, salimos del callejón, paseando como dos amigos que se dirigen a una vinatería. Las piernas me temblaban aún, y no me fue fácil disimular.

—Mi padre siempre decía que se puede juzgar a un hombre por sus enemigos —comentó mi compañero en tono jovial—, y tú eres muy joven para ser tan grande. ¡El rey Harald *Diente Azul*, rey de los daneses, nada menos!

—Y también el joven Yaropolk, príncipe de las gentes de la Rus —añadí yo con gesto grave a fin de ver cuál era su reacción, dado que él era de aquella parte del mundo.

Al oír mencionar al primogénito del rey de los rus, abrió más los ojos y guardó silencio durante unos pasos: lo bastante para que el corazón dejase de latirme como un loco. Trataba de pensar con desesperación, presa del pánico por lo que había perdido, pero no dejaba de ver el cuchillo que